

Andrea Pagni

El cínico como periodista Roberto Arlt: *Aguafuertes porteñas*

Cuando en mayo de 1928 apareció en Buenos Aires el nuevo diario *El Mundo*, y Alberto Gerchunoff, su primer director, incorporó a la redacción a Roberto Arlt, nadie podía prever que sus artículos contribuirían decisivamente a que *El Mundo* se convirtiera, de la noche a la mañana, en un éxito de ventas sin precedentes. Y efectivamente fue Arlt el único periodista de *El Mundo* que firmaba sus contribuciones.

Las “aguafuertes” aparecieron con breves interrupciones diariamente entre el 5 de agosto de 1928 y el 27 de julio de 1942 (Saítta 2000: 56 y 323). Cuántas crónicas publicó Arlt en definitiva, es algo que todavía la crítica no ha logrado aclarar. Ya en 1933 se edita una selección de *Aguafuertes porteñas* con el subtítulo: “(Selección de sus mejores AGUAFUERTES entre las mil quinientas que el autor publicó en el diario EL MUNDO)”. A lo largo de esos catorce años Arlt efectúa una serie de viajes e informa desde el interior, o también desde el extranjero: viaja a Uruguay y Brasil en marzo de 1930, desde donde envía unas sesenta “aguafuertes”, al litoral en agosto de 1933, a la Patagonia en enero y febrero de 1934 (Arlt 1997), a España y el norte de África en 1935-36 (*Aguafuertes españolas* 1936; en Arlt 1991, III y Arlt 1999), a Chile en 1940. La mayor parte de los artículos que escribe para *El Mundo* —los que aparecen bajo la rúbrica de “Aguafuertes porteñas”— tienen por tema diversos aspectos de la vida cotidiana de Buenos Aires. Hasta el momento se han publicado en diversas ediciones más de trescientas “aguafuertes”, pero el número total supera con creces esta cifra.

Arlt inició su carrera de periodista en la sección “Policiales” de *Crítica*, el diario de Natalio Botana. Allí era, según sus propias palabras, “uno de los cuatro encargados de la nota carnífera y truculenta”, responsable de todo lo que tuviera que ver con “crímen, fractura, robo, asalto, violación, venganza, incendio, estafa, hurto” (Saítta 1998: 11).

Fundado en 1913, *Crítica* es el primer diario moderno de la Argentina que llega a un público masivo. Aparece como vespertino en el cómodo formato *tabloid* que permite leerlo en cualquier parte, y alcanza después de poco tiempo en los años veinte una tirada muy alta. El público al que apunta son las nuevas clases medias de raíz inmigratoria y los estratos alfabetizados de las clases bajas que genera la exitosa industrialización en el

marco de la sustitución de importaciones durante la primera guerra mundial —un público diferente del que leía los tradicionales diarios porteños fundados en el siglo XIX, *La Prensa* y *La Nación*.

El tono sensacionalista, la diversificación de secciones y rúbricas, el nuevo *layout* con sus llamativos títulos en grandes caracteres de imprenta y abundantes fotografías, las múltiples informaciones breves sin comentario ni contextualización, etc., favorecen el surgimiento de nuevos hábitos de lectura, contribuyen a configurar un público nuevo, y convierten a *Crítica* muy pronto en el diario más vendido de la Argentina. Puede afirmarse, con Sylvia Sáitta, que *Crítica* reconfigura el campo cultural en el Buenos Aires de los años veinte (Sáitta 1998).

No es de extrañar que otros diarios procuraran emular el éxito de *Crítica*. Así *El Mundo*, fundado en 1928, adopta algunos de los rasgos distintivos de *Crítica*: su formato, o el uso peculiar de la fotografía, pero trata al mismo tiempo de diferenciarse del diario de Botana, a fin de delimitar un espacio propio dentro del campo cultural periodístico. Por eso *El Mundo* aparece como matutino, como “diario de todo el día para toda la familia”. El público al que apunta es, como lo indica el lema, la familia pequeñoburguesa: en este “diario que le interesa a la mujer, al hogar y al niño” hay secciones para cada uno de sus miembros. Además, *El Mundo* pretende ser un “diario independiente, serio y noticioso” (Mangone 1989: 84) y favorecer las buenas costumbres. Por eso, evita el tono más sensacionalista de *Crítica*, utiliza un lenguaje más cuidado, organiza campañas en favor de la “limpieza moral de la ciudad” (*El Mundo*, 26 de enero de 1929, cit. en Sáitta 1998: 20), y —a diferencia de *Crítica* con su compromiso claramente antifascista (Mangone 1989: 83)— no toma partido o tiende al oficialismo —también después del golpe de Uriburu en 1930. *El Mundo* es el primer diario argentino que logra en su primer año de vida un éxito masivo: en octubre de 1928 vende 40.000 ejemplares, en abril de 1929 89.500 y en octubre de 1929 127.000 (Sáitta 1993: 59). Uno de los principales hacedores de ese éxito es justamente Roberto Arlt con sus “aguafuertes”. La editorial funda también una revista, *Mundo Argentino*, en la que Arlt publicará algunos cuentos, y en 1935 la emisora Radio El Mundo, donde Arlt tendrá, si bien solamente durante poco tiempo, un programa propio (Sáitta 1993: 60). Es lícito preguntarse, sobre el trasfondo de estas informaciones, por qué un autor como Arlt, cuyas novelas destilan un desprecio tan marcado por la pequeña burguesía porteña, alcanza en un diario como *El Mundo* semejante éxito.

Para decirlo de otra manera: ¿cuál es la relación entre el periodista y el novelista, entre las “aguafuertes” y las novelas de Arlt? Para Ricardo

Piglia las “aguafuertes” son “textos casi por encargo, con estructura de un folletín”, escritos “en favor del público”, lo que los distingue claramente de las novelas (Piglia 1986: 21), que con su crítica radical a los medios ponen también en cuestión la actividad periodística. Arlt asume una posición profundamente escéptica frente a los medios masivos de comunicación, entre los que por supuesto se cuentan, en los años veinte y treinta, en primera línea tanto *Crítica* como *El Mundo*. Los medios masivos son para Arlt, como observa Piglia, “máquinas de crear ilusiones sociales, de definir modelos de realidad” (Piglia 1986: 23). También Horacio González señala que para Arlt “los diarios y el periodismo pertenecen a la esfera de la elaboración de creencias de dominación, espectáculos de la falsía dedicada a obtusos ciudadanos” (González 1996: 18). Sin embargo Arlt trabaja para el diario *El Mundo*... ¿Cómo se combinan estos dos datos en Arlt: el ejercicio de la profesión periodística en un diario de tirada masiva y la crítica a los medios masivos en la narrativa de ficción?

A diferencia de Piglia, Noé Jitrik ve una relación directa, una continuidad entre las “aguafuertes” y la narrativa ficcional en la medida en que “las aguafuertes constituyen un campo previo, de investigación y las novelas, cuentos y teatro, el plano de la elaboración, del desarrollo”. Los tipos de las “aguafuertes” se convierten, dice Jitrik, en figuras protagónicas de las novelas y cuentos, pero sin ser individualizaciones de aquellos tipos, sino figuraciones concretas de la crisis histórico-social que se perfila hacia finales de los años veinte y que se hace evidente con el golpe de 1930 (Jitrik 1987: 118-119). Efectivamente existe una serie de temas comunes en las “aguafuertes” y en las novelas. A este registro pertenecen la crítica a las instituciones —a la lengua oficial y la actividad literaria en las “aguafuertes”, al estado en *Los siete locos* y *Los lanzallamas* (ver Rodríguez Pérsico 1993: 9). Por otra parte, en cuanto a su técnica, Arlt se revela como un *bricoleur* que compone tanto sus novelas y cuentos como sus artículos periodísticos con “restos”, “fragmentos”, y “saberes desprestigiados”, como observaran Piglia en *Respiración Artificial* (Piglia 1980, 169), Sarlo en *La imaginación técnica* (Sarlo 1992: 43-64) y finalmente Alan Pauls, que estudia este procedimiento en las “aguafuertes”: “La mirada de Arlt aguafuertista describe el método de la máquina literaria arltiana: pasear entre los restos, identificar el excedente, recolectarlo o extraerlo y, por fin, *desviarlo* de su función original, dirigirlo en otra dirección, atribuirle otro uso” (Pauls 1989: 314). Esto significa que podríamos encontrar tanto en el narrador de ficciones como en el periodista no sólo temas compartidos, sino también una técnica similar.

Sin embargo, tan notables y problemáticas como las semejanzas, son también las diferencias entre ambos tipos de textos, subrayadas una y otra vez por la crítica: En las novelas dominaría un tono amargo, desencantado, mientras que las “aguafuertes” aparecerían teñidas de humor, o sumergidas en una luz de simpatía y de piedad. Por un lado, el narrador de las “aguafuertes” presenta a sus lectores las circunstancias trágicamente banales o banalmente trágicas de la vida cotidiana de los anónimos habitantes de Buenos Aires con cierta simpatía; pero por el otro, el narrador de las novelas, que otorgan un rol protagónico a traidores, delatores y falsarios, a los transgresores de las normas sociales que rigen la vida cotidiana de esos mismos anónimos habitantes de Buenos Aires, no le propone al lector ningún tipo de complicidad contra esos protagonistas, no le ofrece compartir una condena moral —el narrador de las novelas de Arlt es seguramente más impersonal todavía que el narrador de Flaubert. Y Buenos Aires, ese espacio de la desolación y del desarraigo de los protagonistas de las novelas, es en las *Aguafuertes porteñas*, con escasas excepciones, una ciudad íntima en la que el narrador no puede perderse, en la que encuentra sus temas, en la que su escritura, en un sentido literal, tiene lugar.

Estas diferencias podrían explicarse apelando al argumento de Piglia: Arlt evita en las “aguafuertes” toda provocación y llega incluso a esbozar un gesto de (falsa) solidaridad, porque el éxito de la columna depende de su aceptación por parte de los lectores... Pero ni siquiera remitiendo a la censura a que eran sometidos en *El Mundo* los textos de Arlt (ver Sáitza 1993: 63), llega a convencerme esta explicación demasiado fácil, que hace de las “aguafuertes” un ejercicio marginal de simulación en el marco de la obra narrativa de Arlt.

Horacio González ofrece en su libro *Arlt. Política y locura* una explicación —no una solución— a mi parecer más plausible para las contradicciones mencionadas. El crítico argentino parte de la evolución semántica del término “cinismo”, que pertenece al vocabulario básico de Arlt. Para explicar brevemente cuál era la intención de los cínicos griegos, me remito en lo que sigue a la breve y entretenida *Historia de la Filosofía Griega* de Luciano de Crescenzo: “La libertad, comprendida como sumo bien espiritual, sólo puede alcanzarse, según los cínicos, mediante la autarquía. Un verdadero cínico nunca se convierte en esclavo de sus propias necesidades físicas o afectivas, no teme el hambre, el frío ni la soledad, no le interesan ni el sexo, ni el dinero, ni el poder, ni la fama. Si pasa por loco, es solamente porque ha elegido un modo de vida que difiere fundamentalmente del modo de vida de la mayoría. Una vez que ha descubierto que

los valores supremos de la vida son espirituales, no tiene otra alternativa que someter los valores tradicionales a una crítica aniquiladora. Es un extremista del pensamiento socrático: reduce el *ser* a la autarquía y rechaza el *parecer* como un excedente insostenible” (de Crescenzo 1988: 278-279).¹ A diferencia de Platón y en abierta oposición a su filosofía, los cínicos no buscaban la verdad en el mundo de las ideas, que consideraban una “trampa de abstracciones idealistas” (Sloterdijk 1983: 205), sino en la realidad que los rodeaba. Aquí sin embargo, la verdad, la *alétheia*, estaría oculta bajo las apariencias de la opinión, de la *doxa*, y sólo resultaría accesible mediante una rigurosa disciplina mental que desenmascarara las simulaciones y rechazara toda ilusión, y en el marco de una vida sencilla que no le creara, al hombre real y concreto, dependencias innecesarias (*Metzler-Philosophen-Lexikon* 1995: 33). Cuando el poderoso Alejandro Magno le ofrece a Diógenes satisfacerle un deseo, este le responde: “No me ocultes el sol”. Lo importante —se dice que dijo Antístenes, a quien se considera fundador de la escuela cínica— es carecer de necesidades.

Como ya ha observado Sloterdijk —y otros antes que él— los términos “cinismo” y “cínico” han sufrido a lo largo de la historia una notable transformación semántica y tienen hoy en día, como también en la época de Arlt, una connotación muy diferente. El *Diccionario de Uso del Español* ofrece para el término “cínico”: “[d]esvergonzado, impúdico, sinvergüenza”. Se aplica a la persona que comete actos vergonzosos [...] sin ocultarse y sin sentir vergüenza por ellos.” Bajo “cinismo” leemos también “falta de escrúpulos”.

Vuelvo ahora a la argumentación de Horacio González (1996: 73-79): El cínico *moderno* dice la verdad tan abierta e impudicamente como el antiguo cínico; no disimula ni se oculta, reconoce la verdad de lo humano en su propia persona y la expresa sin tapujos. Pero el hombre real y verdadero que se pone de manifiesto a través de esa conducta abierta, ya no es aquel Diógenes virtuoso y libre de necesidades, sino el hombre moderno, esencialmente perverso y maligno: “En verdad, buscan la luz” escribe Arlt sobre sus siete locos. “Pero la buscan completamente sumergidos en el barro. Y ensucian todo lo que tocan. [...] Ellos llevaban en sí verdades atroces que merecían ser conocidas” (Arlt 1991, II: 588). Lo que caracteriza al desgarrado cínico moderno no es ya el ascetismo como método de acceso a la verdad liberadora y a una vida feliz, sino la per-

¹ A falta del original o de una traducción al español, he traducido esta cita de la versión alemana.

cepción del delito y del vicio como esencia de la naturaleza humana.² Para Horacio González —y este es el punto que me interesa destacar aquí— Arlt sería un cínico a la antigua que hace hablar y actuar a sus figuras como cínicos modernos, pero que no profiere ningún juicio moral sobre esas conductas.

Sin embargo en las “aguafuertes” Arlt procede de otro modo: en la congruencia con la figura del narrador-periodista, permanece visible para sus lectores como aquella instancia moral que defiende una y otra vez su propio ‘cinismo a la antigua’ como una forma incómoda de ‘sinceridad’ ante quienes lo acusan de ser un ‘cínico moderno’. En el “Soliloquio del solterón”, un texto de las “aguafuertes” publicado también con el título de “Primera autobiografía”, Arlt alude a ese doble sentido de la palabra ‘cínico’ cuando dice: “Personas que me conocen poco dicen que soy un cínico [en sentido moderno]; en verdad, soy un hombre tímido y tranquilo, que en vez de atenerse a las apariencias busca la verdad, porque la verdad puede ser la única guía del vivir honrado” (Arlt 1991, II: 389).

Si elegimos leer las “aguafuertes” desde esta perspectiva, ya no las vemos con Piglia como resultado de una estrategia de la simulación o la adecuación, dos formas de conducta de la ‘hipocresía’ que el cínico Arlt rechaza, sino como su contrario. Como antiguo cínico Arlt se dedica en sus crónicas a desenmascarar muy diversas formas de la simulación, que figura en determinados ‘tipos porteños’. ¿Cuál es el pacto de lectura que le permite a Arlt criticar formas de conducta muy difundidas entre sus lectores sin que el público se sienta agredido, sino por el contrario incluso fascinado?

Como sostiene González, las novelas de Arlt no le ofrecen al lector en ningún momento la posibilidad de identificarse con el narrador o con el autor implícito para condenar a las figuras construidas como representantes del cinismo moderno. Las “aguafuertes” en cambio proponen al público del diario en cada crónica nuevas posibilidades de identificación con la posición moral del narrador —lo que puede provocar la impresión de que están “escritas en favor del público” (Piglia 1986: 21). ¿Cómo de-

² A diferencia de Sloterdijk, González que sigue aquí a Rodolfo Mondolfo, *El pensamiento antiguo*, no define al cínico moderno como representante de una falsa consciencia ilustrada, como “asocial integrado” que “sabe que los tiempos de la ingenuidad han pasado definitivamente” (Sloterdijk 1983: 37-43), y que aunque ha llegado a conocer la verdad, sigue actuando del mismo modo. Los cínicos de Arlt —Erdosain, el Astrólogo y los otros— no responden a este diagnóstico. Las *Aguafuertes porteñas* podrían leerse, sobre el trasfondo del diagnóstico de Sloterdijk, como el intento de Arlt de decir la verdad de manera que no sea posible seguir actuando del mismo modo.

limita Arlt ese espacio de identificación para sus lectores? ¿Cómo logra fascinar al público pequeñoburgués de *El Mundo* con su desenmascaramiento de las conductas pequeñoburguesas?

Como señalé más arriba, la crítica ha subrayado una y otra vez el tono humorístico de las “aguafuertes” frente a la amargura que destilan las novelas. Ese humor, así como la inevitable comparación con las novelas, provoca también la impresión generalizada de que las “aguafuertes” están teñidas de un bondadoso matiz de simpatía y piedad. Pero al estudiar los textos más atentamente, se observa un cierto equilibrio entre la simpatía y el sarcasmo. Arlt presenta en sus “aguafuertes” una verdadera galería de tipos — y es a este grupo mayoritario de textos al que me referiré a continuación. Algunos de esos tipos son presentados con simpatía: los que no viven en la simulación — como el “squenun”, ese “filósofo de azotea” “que ha reducido la existencia a un mínimo de necesidades”, Diógenes porteño que pasa los días en la azotea “tomando baños de sol” (Arlt 1991, II: 404); o las víctimas del sistema social — explotados como “La muchacha del atado”, humillados como el hombre de “El tímido llamado”, marginados como en “El pan dulce del cesante” y “No des consejos, viejo”, o el pobre turco que sueña con ganar a la lotería —, seres humanos atrapados en situaciones y relaciones de dependencia de las que no son responsables, o buscadores de la verdad al margen de las convenciones sociales: todos ellos tienen cierto parecido con Diógenes.

Pero la mayoría de los tipos presentados en las “aguafuertes” no son víctimas, sino victimarios: pequeños delincuentes de todo tipo. Abundan los hipócritas, los estafadores, los simuladores que viven como parásitos del sistema y contribuyen a perpetuarlo. Arlt es particularmente duro con los hipócritas, que nadan con la corriente, pero de los que nunca se sabe qué es lo que piensan en realidad — son justamente lo contrario de los antiguos cínicos: “El que siempre da la razón [...] me produce una sensación de monstruo gelatinoso [...]. No por lo que dice, sino por lo que oculta.” “El hombre corcho” es el que nunca se hunde, haga lo que haga— “bellaco y tramposo, y simulador como él solo”; el que sostiene haber nacido en “cuna de oro” es “solapado, falso, malandrín” (Arlt 1991, II: 438-439, 449 y 451 respectivamente).

Frente a este grupo, los abundantes “vagos” ocupan en las “aguafuertes” un lugar menos negativo, aunque se marque la diferencia entre los que simplemente evitan el trabajo y aquellos que hacen trabajar a otros, como el “hombre que se tira a muerto”, un “hipócrita del *dolce far niente*” o el “enfermo profesional”, ese “simulador habilísimo”, que trabaja dos

meses por año y durante diez meses pasa por enfermo, y otros (Arlt 1991, II: 417-418 y 510).

La crítica más acerba va dirigida al grupo de los tacaños y explotadores con su “terribilísima avaricia”, esa “cáfila de mercaderes” y pequeños “honrados propietarios” (ibíd.: 415, 433 y 596), para quienes el dinero —y el trabajo que da dinero— ocupan el puesto más alto en la escala de valores. La posición de Arlt recuerda aquí otra vez a Diógenes con su ironía dirigida contra el trabajo excesivo que tiene por único fin el incremento del poder (Sloterdijk 1983: 305-306).³

Aunque la galería de tipos de las “aguafuertes” es tan variada que muchos lectores de *El Mundo* tendrían que reconocerse en ella, la actitud del público no parece indicar que se sientan agredidos o siquiera criticados. ¿Por qué? Hay todo un registro de procedimientos discursivos que, independientemente de los contenidos transportados, le ofrecen al lector compartir el juicio moral del narrador, lo que redundará en una especie de pacto de solidaridad entre Arlt y sus lectores. Veamos a continuación solamente algunos de esos procedimientos retóricos:

- el gesto apelativo hace que el lector se sienta personalmente interpelado; el narrador apela por ese intermedio a una experiencia aparentemente compartida: “Usted, como yo, debe haber visto en el arrabal estas mocosas que cargan un pebetito en el brazo”, y subraya la credibilidad de su afirmación: “Observe usted y verá si no es cierto”; o bien le transmite al lector en confianza un saber de *insider*: “¿Se da cuenta, amigo, lo que se macanea periodísticamente?”; el frecuente uso del “ustedes” interpela al público lector como comunidad imaginada que piensa del mismo modo y comparte determinadas experiencias: “ustedes convendrán conmigo”, “ustedes recordarán haber visto”, etc.;

³ Entre los “tacaños”, esa “gente que maneja el peso con cuentagotas y las chírolas con balanza de precisión” encontramos al “hombre honrado” del “aguafuerte” del mismo nombre, que, aunque excesivamente celoso, hace trabajar a su mujer en el Café del que es dueño para ahorrarse un empleado y por lo tanto “ochenta pesos mensuales”, o los “Padres negreros”, que ponen a trabajar a sus hijos menores de edad: “Y estos hijos están deseando que ‘reviente’ el padre para malgastar en un año de haraganería la fortuna que él acumuló en cincuenta de trabajo odioso, implacable, tacaño” (Arlt 1991, II: 433, 415, 457). El dueño de “La pavorosa agencia de colocaciones” es un parásito, “un hábil buscavidas cuyo único trabajo consiste en vivir de la necesidad de trabajo de los demás” (Arlt 1995: 132). El “hombre que necesita ladrillos” es como tantos otros “modesto[s] y pequeño[s] propietario[s]” “ladrón, y hombre decente” que roba por la noche, con ayuda de la familia, materiales de construcción en las obras del vecindario (Arlt 1995: 394).

- el uso del “nosotros” incluye al lector en una comunidad a la que el narrador también pertenece: “todos queremos este barrio con su jardín [...]. Esto es el barrio porteño, barrio profundamente nuestro” (Arlt 1991, II: 408, 413, 575, 377, 403 y 422 respectivamente);
- el “nosotros” no sólo incluye, sino que también excluye; tanto la segunda persona “usted / ustedes” como la primera persona del plural delimitan la comunidad del autor y sus lectores respecto de los “otros”, aquellos de los que se habla, la tercera persona: “Esos pebetes... esos viejos pebetes que en la escuela llamábamos ‘ganchudos’”; “Pero el Señor, bondadoso con los hombres de buena voluntad, les dispensa lo que a nosotros nos ha negado: la felicidad”, se dice de los hombres y mujeres en el Jardín Botánico; “pero puede estar usted seguro que en la soledad, en ese semblante que siempre sonríe, debe dibujarse una tal fealdad taciturna, que al mismo diablo se le pondrá la piel fría”, se dice del “hipócrita”, “el hombre que siempre da la razón” (Arlt 1991, II: 375, 417, 440).

Podría registrarse toda una serie de procedimientos retóricos mediante los cuales Arlt atrapa a su público —desde los cuadros urbanos que presentan barrios, calles, plazas de Buenos Aires como transfondo de una experiencia compartida, pasando por el uso de un cierto lenguaje coloquial que connota confianza o incluso complicidad, hasta la puesta en escena del diálogo con el público del diario a través de las cartas —reales o fingidas— de lectores que una y otra vez dan pie a una crónica.

Una lectura atenta muestra que el tono simpatizante de Arlt en las “aguafuertes” no relativiza ni vela lo que critica. A pesar de la disposición que tiende a subrayar la dimensión humana de los actores, es evidente que Arlt no perdona a los muchos “tacaños”, “parásitos”, “hipócritas” y “simuladores”, a los “tramposos”, “falsos”, “engrupidores” y “solapados”, que presenta en sus crónicas periodísticas. A la pregunta cínica de un lector real o fingido que quiere saber “de qué forma debe uno vivir para ser feliz”, responde en un “aguafuerte” titulado “La terrible sinceridad”: “No se le importe un pepino de lo que opine el prójimo. [...] Créalo, amigo: un hombre sincero es tan fuerte que sólo él puede reírse y apiadarse de todo” (Arlt 1991, II: 483-485). Pienso que en esta frase se concentra la actitud del cínico Arlt en las *Aguafuertes porteñas*.

A semejanza de Diógenes, Arlt adopta, en tanto que moralista cínico a la antigua, el rol de “médico de la sociedad” (Sloterdijk 1983: 307) que le ofrece al lector una y otra vez unas amargas lecciones. En las “agua-

fuerteres” esas lecciones aparecen en forma de lecturas aparentemente divertidas por la misma razón que hace que ciertas píldoras de contenido amargo vengan recubiertas de una película de sabor dulce —porque de ese modo el paciente las traga mejor.

La verdad tiene entre otros epítetos el de ser “amarga”. No la disolvemos con placer sobre la lengua. De Crescenzo cuenta en su ya citada historia de la filosofía griega que Bías, uno de los siete sabios, obligado a inscribir su máxima en el muro del templo de Delfos, anotó, después de pensar un buen rato: “Los más son malos” (de Crescenzo 1988: 26-27). Arlt escribe lo mismo, por un lado en sus amargas novelas — solamente la medicina amarga cura — y por otro en las “aguafuertes”, que saben mejor, pero que contienen la misma medicina.

Bibliografía

- ARLT, Roberto (1991) [1981]: *Obra Completa*. 3 tomos, Prefacio de Julio Cortázar, Buenos Aires: Planeta / Carlos Lohlé, reimpresión (Biblioteca del Sur).
- ARLT, Roberto (1993): *Aguafuertes Porteñas; Buenos Aires, vida cotidiana*, Introducción, selección y notas de Silvia [!] Saïtta, Buenos Aires / Madrid: Alianza Editorial.
- ARLT, Roberto (1995): *Aguafuertes porteñas*, Introducción: Rita Gnutzmann, Buenos Aires: Corregidor.
- ARLT, Roberto (1997): *En el país del viento. Viaje a la Patagonia (1934)*, Edición e introducción de Sylvia Saïtta, Buenos Aires: Simurg.
- ARLT, Roberto (1999): *Aguafuertes gallegas y asturianas*, Compilación y prólogo: Sylvia Saïtta, Buenos Aires: Losada.
- DE CRESCENZO, Luciano (1988) [en ital. 1983]: *Geschichte der griechischen Philosophie*, Traducido al alemán por Linde Birk, Zürich: Diogenes.
- GONZÁLEZ, Horacio (1996): *Arlt. Política y locura*, Buenos Aires: Colihue.
- JITRIK, Noé (1987) [1981]: “Presencia y vigencia de Roberto Arlt”, en: *La vibración del presente. Trabajos críticos y ensayos sobre textos y escritores latinoamericanos*, México: FCE: 106-126.
- MANGONE, Carlos (1989): “La república radical: Entre *Crítica* y *El Mundo*”, en: Graciela Montaldo (ed.), *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Buenos Aires: Editorial Contrapunto: 73-103.
- Metzler-Philosophen-Lexikon. Von den Vorsokratikern bis zu den neuen Philosophen.* (1995), [...] herausgegeben von Bernd Lutz, 2., aktualisierte und erweiterte Auflage, Stuttgart / Weimar: Metzler.
- MOLINER, María (1991): *Diccionario de Uso del Español*, 2 tomos, Madrid: Gredos.
- PAULS, Alan (1989): “Arlt. La máquina literaria”, en: Graciela Montaldo (ed.), *Yrigoyen entre Borges y Arlt (1916-1930)*, Buenos Aires: Editorial Contrapunto: 307-320.
- PIGLIA, Ricardo (1980): *Respiración artificial*, Buenos Aires: Pomaire.

PIGLIA, Ricardo (1986): "Sobre Roberto Arlt", en: *Crítica y ficción*, Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral: 19-26.

RODRÍGUEZ PÉRSICO, Adriana (1993): "Arlt: sacar las palabras de todos los ángulos", en: *Cuadernos Hispanoamericanos, Los complementarios* (Madrid) 11 ("Roberto Arlt"): 5-14.

SAÍTTA, Sylvia (1993): "Roberto Arlt y las nuevas formas periodísticas", en: *Cuadernos Hispanoamericanos, Los complementarios* (Madrid) 11 ("Roberto Arlt"): 59-69.

SAÍTTA, Sylvia (1998): *Regueros de tinta. El diario CRÍTICA en la década de 1920*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

SAÍTTA, Sylvia (2000): *El escritor en el bosque de ladrillos. Una biografía de Roberto Arlt*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

SARLO, Beatriz (1992): *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión.

SLOTERDIJK, Peter (1983): *Kritik der zynischen Vernunft*, 2 Bände, Frankfurt am Main: Suhrkamp.